

COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

n° 143 ¿Qué relación existe entre el Espíritu y Jesucristo, en su misión en la tierra?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 143 del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica:

¿Qué relación existe entre el Espíritu y Jesucristo, en su misión en la tierra? (727-730; 745-746)

Desde el primer instante de la Encarnación, el Hijo de Dios, por la unción del Espíritu Santo, es consagrado Mesías en su humanidad. Jesucristo revela al Espíritu con su enseñanza, cumpliendo la promesa hecha a los Padres, y lo comunica a la Iglesia naciente, exhalando su aliento sobre los Apóstoles después de su Resurrección.

En primer lugar, aquí lo que se insiste es que toda la misión del Hijo y del Espíritu Santo se resume en que Cristo es el Ungido, es el Cristo, es el Mesías. El Espíritu Santo ha ungido esa humanidad encarnada en el seno de la Virgen María, con lo cual, el Espíritu Santo y Jesucristo han estado plenamente unidos en esas entrañas de la Virgen María. La palabra "Ungido" (Cristo, Mesías) significa, el que ha sido empapado por el don del Espíritu; con lo cual, digamos, la misión de Jesucristo y la misión del Espíritu Santo ha estado totalmente integrada. Digamos que Jesús no ha revelado plenamente al Espíritu Santo, no le ha anunciado plenamente hasta el momento final de su vida, hasta el momento de la glorificación de su muerte y resurrección.

En San Juan 3, en el diálogo que tiene Jesús con Nicodemo, le dice que hay que volver a nacer de nuevo, nacer del agua y del Espíritu; está sugiriendo a Nicodemo el don del Espíritu Santo. En el capítulo siguiente, en el encuentro con la samaritana, cuando le dice: *"El que beba de esta agua volverá a tener sed, pero que el que beba del agua que yo le daré no tendrá nunca más sed, de sus entrañas brotará un torrente de agua viva"*; en ese caso está sugiriendo a la samaritana qué agua es esa en la que uno bebe y sacia plenamente su sed. Es una imagen del Espíritu Santo. O por ejemplo, en el capítulo 7 de San Juan, cuando habían acudido a la fiesta de los Tabernáculos muchos judíos, Jesús se pone en pie en medio de aquella fiesta y grita: *"El que tenga sed, que venga a mí y beba"* Hay una sugerencia de que Jesucristo va a ser la fuente de la que podremos beber el don del Espíritu Santo.

Por lo tanto, fue sugiriendo poco a poco la asistencia del don del Espíritu. Quizás, hablando más en particular, más en intimidad con los apóstoles, a ellos sí les fue hablando de una manera más directa del Espíritu Santo. Por ejemplo, cuando en Mateo 10, 19 les profetiza que habrá persecuciones, les dice que *"no temáis cuando seáis perseguidos, cuando seáis llevados a los tribunales, porque el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros"* Osea, que él, en la comunicación más íntima con los apóstoles, va hablando más explícitamente

del Espíritu Santo. Pero, como decía al principio, es sobretodo *llegada la hora en la que el hijo del hombre ha venido al mundo para entregar su vida*, llegada esa hora, es cuando ya él habla abiertamente, sobre todo en el capítulo 14 del Evangelio de San Juan “*Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy no vendrá a vosotros el don del Espíritu Santo*”. En ese discurso, después de la última cena, habla ya abiertamente del Espíritu Santo: que él vendrá, que estará con ellos, que permanecerá con ellos, que nos lo enseñará todo, que nos recordará lo que Cristo nos ha dicho, que dará testimonio de él, que nos conducirá a la verdad plena. Osea, habla abiertamente del don del Espíritu y de toda la acción eficaz y fecunda que va a tener en nosotros, en el momento en el que Jesucristo entrega su vida él da el Espíritu Santo.

Esa imagen del agua que brota del costado de Cristo es la imagen del Espíritu que brota de quien ha entregado su vida. Incluso, la expresión: “*Jesús expiró*”, es una expresión que teológicamente puede tener un doble sentido: expirar es el momento de la muerte en el que el alma se separa del cuerpo; pero también el término “*Jesús expiró*”, podemos entenderlo simbólicamente como “*dio el Espíritu*”. En su muerte, él entrega el Espíritu, y como dice este punto 143, se lo comunica a la Iglesia naciente. La Iglesia naciente recibe el don del Espíritu Santo como el gran regalo de Jesucristo para prolongar su obra entre nosotros.